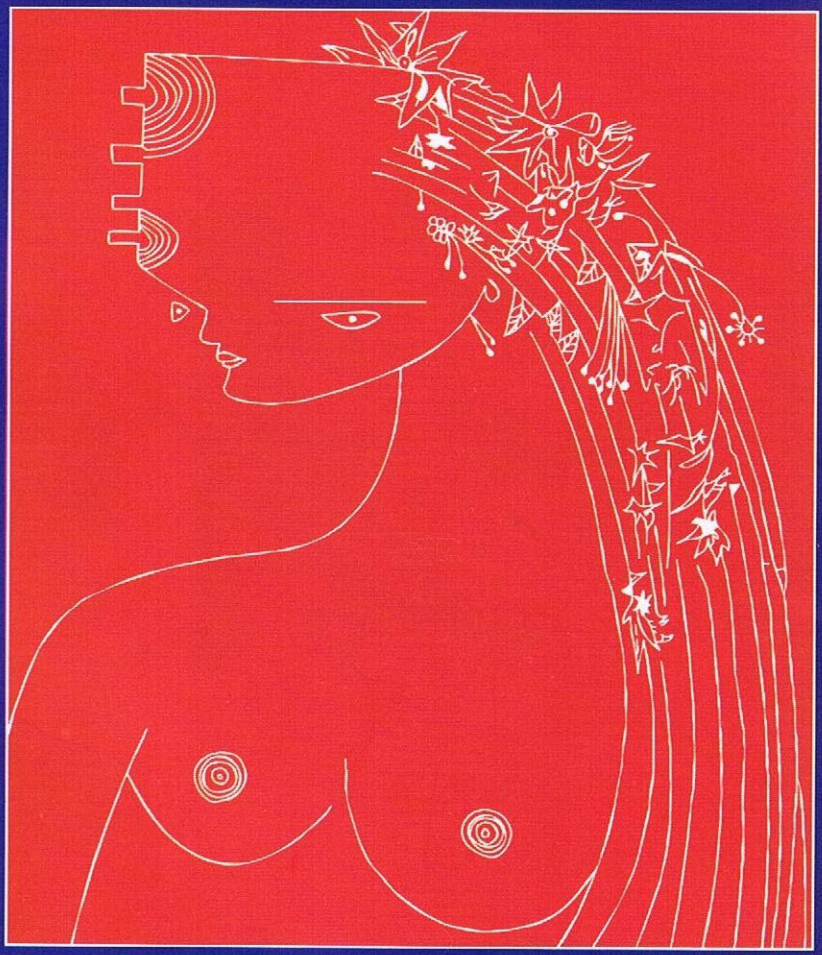
DIVERSIDAD FEMINISTA

Feminicidio: una perspectiva global



Diana E. Russell y Roberta A. Harmes
Editoras

Presentación de
Marcela Lagarde y de los Ríos

Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Feminicidios en la República Mexicana y a la Procuración de Justicia Vinculada

Conclusión
Feminicidio: la "solución final" de algunos hombres para las mujeres

Diana E. H. Russell

"La discriminación sexual mata mujeres todos los días"

BUNCH, 1990. p. 486

"Ser mujer significa que eres asesinable,
y es malo para ti que lo seas"

NICOLE WARD JOUVE, 1986.

"Semana a semana y mes tras mes, las mujeres son pateadas, golpeadas, empujadas hasta que las aplastan, despedazadas, apuñaladas, rociadas con sosa cáustica, mordidas, destripadas con atizadores al rojo vivo, e incendiadas deliberadamente, y a este tipo de atrocidades, si la mujer muere, se les llama 'homicidio': si la mujer vive se le llama 'ataque común'".

FENWICK MILLER, 1888

La mayoría de la gente cree que las mujeres nunca estuvieron mejor que en Europa occidental y en Norteamérica. Algunos también creen que la situación de las mujeres está mejorando en otras regiones del mundo. Hay muchas razones sensatas para estas afirmaciones. Incluso en países donde el poder de las mujeres y el estatus se han elevado debido a la exitosa lucha feminista y a los cambios tecnológicos, como la contracepción, muchos hombres han reaccionado a ello

intensificando sus, de por sí, altos niveles de violencia contra las mujeres.

Cuando los que se encuentran en el poder se sienten amenazados o desafiados por sus subordinados, típicamente se sienten con el derecho de usar cualquier fuerza que sea necesaria para mantener su poder. Mucha gente reconoció esta dinámica en Sudáfrica durante la era del *apartheid* cuando los supremacistas blancos se volvieron más violentamente represivos contra la gente negra como reacción a la creciente resistencia del pueblo negro y el desafío a las leyes de los blancos.

Como muchos de los colaboradores de este volumen han señalado, el riesgo de las mujeres de convertirse en víctimas de feminicidio por sus parejas masculinas es mucho mayor para aquellas que inician el fin de la relación. Algunos hombres se sienten con el derecho de matar a las mujeres porque se perciben sin poder o desmasculinizados cuando les desafían su autoridad y superioridad masculina sobre las mujeres. Algunos hombres también se sienten con derecho a matar a cualquier niña o mujer que encuentran debido al rechazo real o imaginario o al insulto de *otra* mujer. Por ejemplo, el asesino en serie David Berkowitz declaró: "Tenía la determinación y estaba en total acuerdo conmigo mismo de que debía asesinar a una mujer con propósitos de venganza y para humillarlas por todo el sufrimiento que me causaron".

El feminicidio, como la violación, es una forma de terrorismo que funciona para definir las líneas de género, para promulgar y reforzar el dominio masculino y para volver a todas las mujeres crónica y profundamente inseguras. Esto proviene de una cultura misógina como sin duda el linchamiento proviene de una cultura racista. En 1976, Louise Merrill y yo nos referimos a todos los feminicidios que estaban ocurriendo en ese tiempo como "la quema de brujas del siglo veinte" (Russell y Van de Ven, 1976, p. 144). Justo cerca de una década después, Jean Caputi (1987) también argumentó que "vivimos en medio de un periodo de ginocidio intensificado, equivalente en destrucción a la locura de las brujas en Europa" p. 117).

Mientras muchas de las mujeres que se pasaron de la raya en la temprana Europa moderna fueron torturadas y asesinadas como brujas —Anne Barstow (1994) estima que fueron 85 000 mujeres—, hoy tales mujeres son consideradas "cabronas" o "perras" (en el caso de las mujeres feministas: "feminazis", odiadoras de hombres y lesbianas) que merecen que caiga sobre ellas cualquier cantidad de horrores, incluido el feminicidio. "¿Por qué está mal deshacerse de unas pinches cabronas?", pidió saber Kenneth Bianchi, el llamado Estrangulador de Hillside (Linsey, 1984). "¡Maten a las perras feministas!" es un graffiti revelador encontrado en el campus de Ontario occidental después del feminicidio en masa de 14 mujeres estudiantes de ingeniería en Montreal por Marc Lépine (véase Malette y Chalouh, 1991, para una antología feminista canadiense de esta masacre antifeminista).

A pesar de la salvajada del feminicidio en masa de las "brujas" en Europa durante tres siglos, la realidad y el significado de ese periodo feminicida continúa siendo distorsionado y disminuido, si no es que borrado. Por ejemplo, el término "locura de las brujas" (*witchcraze*), que es a menudo utilizado para describir estas atrocidades institucionalizadas, incluso por notables académicas feministas (p.e., Barstow, 1994; Caputi, 1987), oculta la enormidad de brutalidades misóginas que dichos hombres se permitieron.

El eufemismo *locura de las brujas* también anima a la gente a considerar estos hechos horrendos una curiosidad histórica (de ahí la creación de Jack el Destripador como héroe y su

transformación en una atracción turística). El uso de la palabra *bruja* y la creencia, que empezó en el siglo XIV, de que las brujas tenían presunto poder sobrenatural proveniente del diablo (Barstow, 1994), *las hizo* las malvadas en lugar de los hombres responsables de su tortura y feminicidio. De ahí que "aunque las mujeres cometían muchos menos crímenes que los hombres, el principal estereotipo criminal de la época, el de la bruja, era femenino". Esta creencia demonizadora también justificó el reino del terror contra las mujeres, o lo que Barstow (1994) describe como "el asesinato en masa intencional de las mujeres" (p. 26).

Así como los feminicidios de brujas son trivializados y despolitizados por la palabra *locura*, los feminicidios de hoy son trivializados y despolitizados por el alegato de que los perpetradores de feminicidio están en su mayoría "locos". Como apunta Caputi (1987): "Ahora esperamos entender la aterrorización de las mujeres, no en términos políticos, sino como la aberrante conducta de misteriosos maniacos sexuales, monstruos sobrenaturales o, en la jerga psicológica, *psicópatas* y *sociópatas*" (p. 109: subrayado en el original).

Cuando las mujeres fueron quemadas, torturadas y asesinadas como brujas, ¿cuántas personas reconocieron que la razón verdadera para estos acto feminicidas era que los hombres en el poder buscaban aterrorizar a las mujeres hasta la obediencia absurda al destruir a aquellas que se habían pasado de la raya? Las mujeres de hoy están siendo asesinadas en grandes cantidades; algunas veces son asesinadas luego de padecer años de tortura física y mental por parte de sus maridos, amantes o novios; algunas veces son asesinadas después de atroces sufrimientos en manos de perpetradores desconocidos; algunas veces son eliminadas abruptamente por algunos hombres que consideran que matar a una mujer es un

acto insignificante ("¿Qué es una persona menos en la faz de la tierra, en todo caso?", comentó Ted Bundy [Leyton, 1986, p. 67]; véase otros ejemplos en el cuadro 1); algunas veces son masacradas y desmembradas por hombres que se excitan sexualmente con dicha conducta.

A pesar de la sensacional publicidad que se le ha dado a algunos femincidios selectos, la mayoría de la gente es incapaz de reconocer la naturaleza feminicida del periodo en el que las mujeres viven —y mueren— hoy. Algunas personas deberían preguntarse si es posible que el feminicidio en masa en el nivel global no sea reconocido por la gran mayoría de personas en el mundo. Vale la pena recordar que la realidad del holocausto nazi fue negada por la mayoría de los alemanes mientras estaba sucediendo —incluyendo muchos judíos que se dieron cuenta demasiado tarde del peligro mortal en el que estaban—, sin mencionar la negación de los ciudadanos y los gobiernos de las naciones aliadas.

La mayoría de las personas también son incapaces de reconocer que la familia nuclear ha funcionado como un minicampo de concentración para millones de niñas y mujeres (véase la historia de la sobreviviente del incesto en Russell, 1997, capítulo 4). Aunque ningún alambre de púas encarcela a las mujeres en matrimonios abusivos, sus maridos funcionan a veces como guardias de tiempo completo que amenazan con matar a sus prisioneras-esposas, a sus hijos y a otros miembros de sus familias si se atreven a escapar o logran hacerlo. Y muy a menudo esta amenaza se cumple (como se ha documentado por varios autores en este volumen).

Antes de proporcionar más ejemplos del alcance del feminicidio hoy en el mundo, me enfocaré en el extremo de algunos feminicidios de odio contra las mujeres en Estados Unidos. El objetivo de detallar tales atrocidades no es horro-

CUADRO 1. Citas de perpetradores de feminicidios

"Las mujeres que maté eran sucias prostitutas bastardas que estaban ensuciando las calles. Sólo estaba limpiando el lugar un poco."

—Peter Sutcliffe, el Destripador de Yorkshire (citado en Beattie, 1981, p. 133)

"Necesito esclavizar a una mujer porque disfruto el sexo, pero soy, de hecho, un solitario. Quiero ser capaz de usar a una mujer como y cuando yo quiera. Y cuando estoy cansado, simplemente quiero que se vaya."

—Leonard Lake, asesino en serie, cuyas torturas a mujeres fueron documentadas en cinta de video.

"Nosotros los sadistas no consideramos que nuestras víctimas sean auténticamente humanas. Ted [Bundy] nunca pensó en las mujeres que mató como personas, sino sólo como objetos. Yo hice lo mismo y encontré una excelente forma de evitar cualquier sentimiento humano por ellas."

—Gerard John Schaefer

"No quería lastimarlas [a las mujeres], sólo quería matarlas."

—David Berkowitz

"Hombre, me hace sentir poderoso cuando puedo hacer que esas chicas hagan lo que yo quiero, hacer que se sometan a mí, no soy nada en esta vida... Pero quiero ser algo."

—Albert de Salvo, el Estrangulador de Boston (citado en Leyton, 1986, p. 51)

"Estas chicas no eran más que niñas, supongo, pero sentí... que ya tenían la edad suficiente para saber mejor que hacer las cosas que estaban haciendo... allá afuera, pidiendo aventón, cuando no había razón ni necesidad.. Estaban ostentando en mi cara el hecho de que podían hacer cualquier maldita cosa que quisieran..."

—Edmund Kemper (citado en Leyton, 1986, p. 51)

"Estaba pensando... maté a dos [mujeres], debería matar también a ésta."

—Jeff (pseudónimo) después de violar a una mujer (citado en Ressler, Burguess y Douglas, 1988, p. 129)

rizar al lector, sino tratar de remontar la resistencia a reconocer que las mujeres están viviendo actualmente, en una época de extremos, crecientes y brutales feminicidios; una época en la cual el mito persiste entre muchas jóvenes mujeres, estudiantes privilegiadas, de que la revolución feminista ha sido cumplida y que tienen las mismas opciones y oportunidades que los hombres.

El extremo de los feminicidios de odio contra las mujeres

Muchos oficiales de procuración de la ley que ven numeroso casos de asesinato han comentado que un creciente número de mujeres están siendo no sólo asesinadas, sino también sometidas a atroces torturas, como ser acuchilladas muchas veces en los pechos, estómagos o vaginas. Estos oficiales de policía también han apuntado que muchos de estos actos viciosos han sido perpetrados en mujeres *después* de haber sido asesinadas. Los actos revelan un intenso odio hacia las mujeres, incrementan el trauma para los seres queridos de la víctima y, en general, sirven para aterrorizar a los vivos.

Algunos de los siguientes casos de feminicidio fueron trazados a partir del estudio del FBI de 36 perpetradores de feminicidios sexuales, convictos y encarcelados, realizado en 1986. Los investigadores Robert Ressler, Ann Burguess y John Douglas (1988) creen que ésta es la muestra más grande de asesinos sexuales que hayan sido entrevistados con fines de investigación. Todos los perpetradores eran hombres y, en su mayoría, blancos. Siete fueron condenados por el asesinato de una persona, mientras que el resto mataron a múltiples víctimas. También se reunieron datos sobre 118 de las víctimas de estos hombres: la mayoría de las cuales fueron mujeres.

Estos hombres fueron identificados como asesinos sexuales por

> las evidencias u observaciones que indicaban que el asesinato era de naturaleza sexual. Esto incluía: víctima con ropa o sin ropa; exposición de las partes sexuales del cuerpo de la víctima; posicionamiento sexual del cuerpo de la víctima; inserción de objetos extraños en las cavidades del cuerpo de la víctima; evidencia de coito sexual (oral, anal, vaginal), y evidencia de actividad sexual sustituta, interés o fantasía sádica. (Ressler *et al.*, 1988, p. xiii)

Mucha gente cree que los asesinos seriales son simplemente hombres "locos" que posiblemente tuvieron una infancia mala y traumatizante con madres negligentes y abusadoras. Como Caputi y yo (1992) apuntamos en nuestro artículo sobre el feminicidio en masa de Lépine en Montreal, nadie pierde el tiempo pensando si los individuos linchadores o los guardias del SS nazi tuvieron alguna experiencia personal traumática con afroamericanos o judíos. Ni nadie se inquieta mucho acerca de si los linchadores o guardias del SS estaban locos o psicópatas. La gente —al menos hasta ahora— acepta generalmente que el linchamiento y la tortura de los presos en los campos de concentración nazis eran formas de violencia política, cuyo motivo era preservar la supremacía blanca y la supremacía aria/nazi, sin importar la psicopatología individual de los participantes.

Ni se tiene que argumentar que la preservación de la supremacía masculina es la meta real de los hombres que cometen feminicidio para ver que ésta es, a muy final de cuentas, una de las consecuencias de estos crímenes. ¿Cuál es la diferencia para las víctimas de feminicidio o genocidio si sus asesinos son considerados mentalmente enfermos o no? Estar mentalmente enfermo no libera a los hombres de su misoginia o su racismo, así que su enfermedad es irrelevante para el punto de vista de que sus ataques feminicidas o racistas son actos misóginos o racistas que sirven para perpetuar la misoginia y la supremacía blanca. Hemos sido tan deslumbrados por el enfoque psiquátrico de las causas de la violencia criminal que a menudo nos cegamos con ver el papel de los factores socioculturales que contribuyen a las causas de los actos criminales.

Por ejemplo, Edmund Kemper, quien asesinó a sus abuelos, a seis mujeres estudiantes y a su madre, revela en las siguientes declaraciones qué tan atrapado está en las nociones de la sexualidad masculina "apropiada" a la cual se suscriben la mayoría de los varones en Estados Unidos.

> No podía soportar el fin masculino de la responsabilidad, así que mis fantasías se volvieron... si las mato, tú sabes, no podrían rechazarme como hombre. Fue más o menos como hacer una muñeca con un ser humano... y realizar mis fantasías con una muñeca, una muñeca humana viviente.
>
> Tenía plenas intenciones de matarlas a ambas [dos mujeres que pedían aventón y a las que ofreció llevarlas]. Me hubiera encantado violarlas. Pero no tenía ninguna experiencia en esa área... este es el primer gran problema que tuve.
>
> Cuando las estaba matando, no me pasaba nada por la mente, excepto que iban a ser mías... Que ésa era la única forma en que iban a ser mías. (citado en Leyton, 1986, p. 43)

Ressler y sus colegas reportaron que un tercio de las 92 víctimas en su estudio, cuya información estuvo disponible, mostraron evidencia de haber sido torturadas. Dos ejemplos:

Roy Norris, de Los Ángeles, California, se confesó culpable de torturar y asesinar a cinco muchachas adolescentes junto con Lawrence Bittaker en 1979. Una grabación de 17 minutos de los gritos de una de las víctimas moribundas fue reproducida en el juicio. Shirley Ledford clama por clemencia mientras era violada y "mutilada con un par de pinzas, golpeada con un martillo y pinchada en la oreja con un picahielo" ("Forty-five-year prison sentence", 1981, p. A19). De acuerdo con un reporte del juez de instrucción, Ledford "había sido estrangulada con un gancho de ropa y su cara y cuerpo mutilados y cortados" (Gillott, 1980, p.A1).

Jack King, un acosador sexual de niños convicto, de 65 años, fue hallado culpable de destruir virtualmente el rostro de Cheryl Bess, de 16 años, al rociarle ácido en la cabeza después de haber tratado de violarla. Estaba convicto por "secuestro, ataque con intención de cometer asesinato, intento de violación, copulación oral forzada, ataque con liquido corrosivo, ataque con arma mortal y mutilación" (*San Francisco Chronicle*, 1985, p. 54). Bess sobrevivió al ataque, pero quedó ciega permanentemente, su oído quedó severamente dañado y su rostro totalmente desfigurado (United Press, 1985, p. 22).

En los feminicidios sexuales estudiados por Ressler y sus colegas (1988), a menudo fueron insertados objetos extraños en "las cavidades anales y vaginales de las víctimas. Este acto con frecuencia está combinado con otros actos de mutilación, tales como acuchillar el cuerpo, cortar los pechos y las nalgas, y morder varias partes del cuerpo" (p. 55).

Algunos asesinos sexuales también mutilan el rostro de la mujer muerta o sus genitales, cortan sus pechos, amputan sus miembros, la desmembran, la vampirizan y eyaculan en las heridas abiertas con puñal en el abdomen (Ressler *et al.*, 1988).

Estas mutilaciones "ocurren a menudo cuando la víctima ya está muerta, un tiempo en el que el asesino tiene por fin control total sobre la víctima". Algunos asesinos sexuales conservan el cuerpo de la mujer muerta en sus casas. Un hombre, por ejemplo, "mató a dos mujeres y conservó partes de sus cuerpos en su casa durante ocho años. Hizo máscaras con sus cabezas, y tambores y cubiertas para asientos con sus pieles" (Ressler *et al.*, 1988, p. 131).

Una víctima de asesinatos sexuales estudiados por el FBI fue encontrada con sus genitales mutilados y sus pechos amputados. Su asesino había cortado sus pechos cuando regresó a la escena del crimen 14 horas después de haberla asesinado (Ressler *et al.*, 1988). Regresar a la escena del crimen es muy común para esto asesinos. Seis por ciento de ellos regresan para tener sexo con el cadáver, 8% para matar a otra víctima, y 26% para revivir su crimen (Ressler *et al.*, 1988).

Ressler y sus colegas (1988) describen a otra víctima de feminicidio en su estudio que fue encontrada "con heridas de puñal en la vagina y la ingle y con la garganta acuchillada. Sus pezones habían sido arrancados y su cara severamente golpeada, y su cabello arrancado fue encontrado colgando de la rama de un árbol cercano" (p. 56).

Otro asesino de la muestra de Ressler y sus colegas fue acusado de asesinato, robo y violación de una madre de dos niños, de 24 años. Su cadáver fue hallado yaciendo cara arriba en un área arbolada. Su pecho izquierdo había sido cortado y estaba perdido. Este hombre también raptó a una mujer de 44 años a punta de pistola, y luego la mató con un disparo en el rostro. Regresó al día siguiente a mutilar el cadáver cortándole el estómago, las piernas y los pechos; éstos últimos los dejó yaciendo entre las piernas (Ressler *et al.*, 1988).

Otro de los 36 asesinos estudiados por estos investigadores había cortado el cuerpo de su víctima y le arrancó las uñas.

En un caso, a una mujer que salió a tirar la basura le dispararon cuatro veces en la cabeza y

> después le sacaron las entrañas con un cuchillo que tenía en su casa. No se encontró ninguna evidencia de acoso o ataque sexual más que heridas de puñal en los pechos y mutilación de los órganos reproductores internos. La víctima fue primero apuñalada en el abdomen y el agresor jaló los intestinos fuera de la cavidad corporal. La víctima tenía en la boca lo que después se pudo determinar como heces animales... Se encontró un vaso de yoghurt, e indicios de que el asesino utilizó el vaso para recoger la sangre de la víctima, la cual se bebió. (Ressler *et al.*, 1988, p. 132)

Un hombre de 27 años apuñaló y mutiló severamente a una mujer a la cual también mató:

> Ella había sido asesinada en el dormitorio donde también le sacaron las entrañas desde el esternón hasta el área pélvica. Los órganos internos, incluyendo el bazo, los riñones y los órganos reproductores habían sido arrancados y mutilados. No se notó ningún ataque a los genitales externos. El asesino intentó arrancar un ojo e insertó un cuchillo en el ducto anal, cortando severamente a la víctima en esa área... Se encontró en el piso un aro de sangre, indicando que se utilizó un recipiente tipo cubeta para recoger la sangre. (Ressler *et al.*, 1988, p. 132).

El cadáver de una joven mujer fue hallado en el techo de un edificio de apartamentos donde vivía.

> Ella había sido duramente golpeada en la cara y estrangulada con el asa de su bolso. Los pezones habían sido cortados después de muerta y colocados en el pecho. Garabateado con tinta en la parte interna del muslo decía: "No pueden detenerme". Las palabras "Jódanse" estaban garabateadas en el abdomen... Un paraguas y una pluma fuente fueron introducidos a fuerza en la vagina... Había marcas de mordidas *posmortem* en el muslo de la víctima, así como contusiones, hemorragias y laceraciones en el cuerpo. (Ressler *et al.*, 1988, p. 146)

Ressler y sus colegas describen a algunos asesinos como excitados cuando exteriorizaban sus fantasías asesinas. Uno de ellos describió su sentimiento después como sigue:

> Manejo hasta mi departamento con dos chicas asesinadas en mi auto. La cajuela es un lío, con un cuerpo apuñalado hasta morir. El otro [cuerpo] está en el asiento de atrás... Llevo las cabezas a mi cuarto. Podría sentarme ahí mirando las cabezas sobre una silla rebosante, tirándolas a la cama, mirándolas cuando una de ellas se salga de su lugar, se caiga de la silla, muy macabra. Se cae de la silla, rueda sobre el cojín y golpea la alfombra, *pum*. El vecino de abajo odia mis agallas. Siempre estoy haciendo ruido tarde en la noche. Toma una escoba y golpea en el techo. "Amigo", digo yo, "Lo siento, se me fue la cabeza, lo siento". Esto ayudó a sacarme de la depresión". (Citado en Ressler *et al.*, 1988, p. 53)

En 27% de los homicidios sexuales estudiados por Ressler y sus colegas, el asesino conservó un "recuerdo" de su asesinato. "El valor de estos objetos para el asesino como recuerdo del asesinato aumenta el riesgo de ser identificado mediante la posesión de tal evidencia incriminatoria. Los recuerdos le

proporcionan al asesino la prueba tangible de que es capaz de activar su fantasía", y también sirve como un catalizador para fantasías posteriores (p. 63). Ejemplos de recuerdos incluyen "pies, pechos y sangre" (*idem*).

"Estos recuerdos tienen un significado especial, sexual", de acuerdo con Ressler y sus colegas:

> Varios artículos de ropa interior son comunes objetos de fetichismo guardados por el asesino. En el caso del hombre que conservó los pies de sus víctimas en el congelador, los pies de mujer en zapatos de tacón alto le proporcionaban excitación sexual. (p. 64)

Algunos delincuentes "conservan objetos personales que pertenecían a la víctima como un tipo de trofeo o premio que conmemora un esfuerzo exitoso". Para ellos, "el objeto es muy parecido a la cabeza de un animal montada para el gran cazador: una prueba de su habilidad" (Ressler *et al.*, 1988, p. 64).

Ejemplos de fuentes diferentes a las del estudio del FBI incluyen el caso de los estudiantes de secundaria Carol King y Robert Jensen, quienes fueron lo suficientemente desafortunados como para darle un aventón al asesino en serie Charles Starkweather. Jensen fue encontrado después con seis tiros. King también fue asesinada, con varias heridas de puñal "directamente en la ingle, una de ellas extendiéndose a través de la pared de la cervix hasta el recto" (Leyton, 1986, p. 206).

Gary Heidnik, blanco de 43 años, y Cyril "Tony" Brown, negro de 31 años, fueron arrestados y acusados de violación, secuestro y asesinato por los siguientes feminicidios:

> Cuando la policía hizo la redada en la casa del pobre vecindario, se encontraron con una escena escalofriante de muerte y sufrimiento humano. Tres mujeres, medio desnudas y mal alimentadas, estaban encadenadas con grilletes al tubo de la cañería en un sótano que servía también como cámara de tortura, y se descubrieron 24 libras de miembros humanos apilados en el congelador, así como otras partes de cuerpo en un horno y en una cacerola de la cocina.
>
> Las mujeres cautivas, que tenían entre 18 y 26 años, dijeron a las autoridades macabras historias de violación y golpizas, y que fueron obligadas a comer comida para perro, pan y agua. También contaron de dos mujeres que murieron en cautiverio, una electrocutada en una cisterna bajo el piso de concreto del sótano, y la otra de una caída. ("Black Women Report", 1987, p. 6)

Edmund Kemper, mencionado previamente como el "asesino del colegio" de Santa Cruz, California, asesinó a seis mujeres estudiantes, generalmente levantándolas cuando pedían aventón. Era un necrofílico que a veces tenía relaciones sexuales a través de las heridas de puñal en su cuerpos. Decapitó a algunas de ellas, conservando las cabezas en su departamento. También se comió su carne. Kemper terminó su orgía de asesinatos al matar, decapitar y violar sexualmente a su madre (Cameron y Frazer, 1987).

Kemper explicó lo que le provocaba excitación sexual, así:

> "Escuchas esa pequeña explosión y arrancas sus cabezas y las jalas de los cabellos. Arrancarles la cabeza, su cuerpo sentado ahí. Eso me enloquecía". (Leyton, 1986, p. 42)

Kemper rió entre dientes enfrente de su entrevistador cuando dijo: "Con una chica, hay mucho que queda en el cuerpo de una chica sin cabeza. Desde luego, no tiene personali-

dad". Al explicar por qué comió la carne de varias de sus víctimas, Kemper dijo: "Las quería para mí, quería que fueran una parte de mí, y ahora lo son" (citado en Leyton, 1986, p. 43).

Aunque la aniquilación de las mujeres no ha sido institucionalizada en Estados Unidos, se ha dado su aniquilación en las representaciones de los medios de comunicación. Los varones estadounidenses están crecientemente saturados con imágenes feminicidas en la forma de pornografía y "sangrientografía" (*gorenography*, artículos que, como las películas sobre asesinatos, se especializan en sensacionalizar y fetichizar las escenas de violencia" [Caputi, 1992, p. 210]). Las imágenes feminicidas son parte integral de la máquina de propaganda multibillonaria que promueve efectivamente las actitudes y prácticas misóginas, incluyendo el feminicidio (véase capítulo 5). Sentarse ante un aparato de televisión o en un cine para ver películas de mujeres que son torturadas y asesinadas es ahora una actividad favorita de esparcimiento para los estadounidenses, particularmente adolescentes.

Un folleto que anuncia una película para adultos, "en la que aparecen fragmentos de las películas *gore* favoritas", contiene el siguiente incentivo:

> Ve a carniceros sedientos de sangre, asesinos con taladros, caníbales enloquecidos, zombies, horrores sangrientos, pervertidos de plasma y matanzas sádicas, estragulamiento, destrozamiento y mutilación de bellezas amarradas con pechos desnudos. (Citado en Goode, 1983, p. 4)

No sorprende que Ressler y sus colegas (1988) hayan encontrado que:

> Estos hombres aprenden muy pronto que pueden hacer de las suyas con conducta violenta. En esencia no ven nada de malo en lo que están haciendo. Muchos de ellos enfatizan que están haciendo exactamente lo que todo mundo piensa hacer. (p. 40).

Mientras que los campos de concentración nazi fueron inventados e implantados por los líderes nazis, con lo que de ese modo calificaron como un caso claro de genocidio institucionalizado, el feminicidio en la mayoría de los países es practicado sobre una base voluntaria, sin pago, por hombres de todas las clases y grupos étnicos.

El ámbito del feminicidio

Dado que el concepto de feminicidio está todavía en ciernes, el enfoque hasta el momento, incluido en este libro, se ha dado en su forma más abierta: el asesinato. Sin embargo, como apunté en el capítulo 2, el feminicidio incluye formas encubiertas de asesinato de mujeres (feminicidio social), tales como que se permita que mueran mujeres por actitudes misóginas o leyes sexistas e instituciones sociales. Por ejemplo, hay muchas muertes en países donde se ha criminalizado la contracepción y el aborto. En 1976, la mujer que testificó acerca de los abortos ilegales en Portugal reportó que cerca de 2 000 mujeres habían muerto cada año en ese país como resultado de abortos riesgosos (Russell y Van de Ven, 1976, p. 9). Concluí la sección sobre abortos ilegales en el libro del tribunal (me referí a este problema como maternidad compulsiva):

> El número de mujeres que en realidad mueren cada año como consecuencia [de la negativa de las sociedades patriarcales a reconocer nuestro derecho a escoger o rechazar la maternidad] no se conoce, pero es muy probable que sea tan alta como el

> número de víctimas en la más mortal, patriarcal y geopolítica de las guerras. Sin embargo, las víctimas de la guerra de los hombres contra las mujeres están escondidas, y no son reconocidas como lo que son. (Russell y Van de Ven, 1976, p. 26)

El número masivo de mujeres y niñas descritas como "desaparecidas" constituye mayor evidencia sobre las dimensiones escondidas del feminicidio en ciertas regiones del mundo actual. Amartya Sen (1990) concluye su artículo académico sobre este tema al asegurar que" "Muchos más de cien millones de mujeres están 'desaparecidas'"(p. 61). Sen llegó a esta sorprendente estimación al calcular "el número de 'mujeres desaparecidas' en relación con los números que podrían esperarse si hombres y mujeres recibieran cuidados similares en cuanto a salud, medicina y nutrición" en gran parte de Asia y África (*idem*). Tan sólo en China, sobre esta base estima que están desaparecidas 50 millones de mujeres. Sen comenta que "estos números nos dicen, calladamente, una historia terrible de desigualdad y negligencia que lleva a la excesiva mortandad de mujeres" (*idem*). Termina su artículo diciendo que "enfrentamos aquí lo que es claramente uno de los problemas más cruciales y negados que enfrenta el mundo actual" (p. 66).

Desafortunadamente, los gobiernos patriarcales niegan muchos de los problemas trascendentales que victimizan a las mujeres, incluso cuando son evidentes (como lo es el feminicidio de pareja íntima). Típicamente no reconocen las formas más abiertas de feminicidio social, tales como los millones de casos en los cuales la conducta sexista masculina provoca que mujeres y niñas mueran después de contraer SIDA (véase capítulo 9).

Conclusión

Espero que esté ahora claro para el lector por qué empecé este capítulo comparando tres siglos de feminicidio en masa de brujas en Europa con el feminicidio global en masa que ha estado ocurriendo en años recientes. De hecho, mi análisis pone en claro que muchos más feminicidios ocurriendo hoy que los que ocurrían en la cima del periodo de persecución de las brujas en Europa, de 1560 a 1760 (Barstow, 1994). En el capítulo 9, argumenté que millones de feminicidios están ocurriendo como resultado de las actitudes sexistas (p.e., sentido de propiedad masculino) y conductas (p.e., promiscuidad y actos sexuales depredadores) de los hombre hacia las mujeres y las jóvenes en las sociedades patriarcales.

Mi deseo es que al citar una pequeña muestra de las atrocidades feminicidas en este capítulo, así como en otros capítulos, romperán las muchas capas de negación que permitirán a la gente enfrentar la ubicuidad del feminicidio, el cual está a menudo combinado con la tortura, mutilación profanación e inanición de los cuerpos y mentes de las mujeres y niñas en todo el mundo.

Una vez que las feministas en particular encaren el problema del feminicidio, presumiblemente seremos capaces de detenerlo tan efectivamente como hemos hecho con otras menos mortales manifestaciones de violencia contra las mujeres.

Aunque hay todavía una epidemia de formas no mortales de violencia contra las mujeres y las niñas —tales como violación, abuso sexual infantil y mujeres golpeadas—, hemos encontrado formas de reformar las leyes, las políticas sociales y las instituciones en relación con estos crímenes. También hemos sido capaces de ayudar a algunos sobrevivientes que han

tenido el valor de reportar su victimización, y hemos puesto la culpa en donde pertenece —en los perpetradores masculinos de esos crímenes—, en lugar de en las sobrevivientes femeninas. Además, hemos reconocido el papel del patriarcado al causar estos crímenes de odio contra las mujeres.

El movimiento de las mujeres tiene delante una tarea importante y urgente. Lo primero es lidiar con nuestro propio deseo de negar la enormidad del odio de muchos hombres contra nosotras, un odio que se manifiesta en ascenso en el feminicidio. Lo segundo es confrontar la negación de las demás. Y, finalmente, nuestra tarea es emprender acciones militantes y multifacéticas para combatir y prevenir el feminicidio.

Referencias

Barstow, Anne L. (1994). *Witchcraze: A new history of the European witch hunts*. San Francisco, Pandora.

Beattie, John. (1981). *The Yorkshire Ripper story*. Londres, Quartet Books.

"Black women report on sex, torture, murder at hands of White Philadelphia Bishop". (1987, abril 13). *Jet*, pp.6-8.

Bunch, Charlotte. (1990). "Women's rights as human rights: Towards a re-vision of human rights". *Human Rights Quarterly*, 12, 486-498.

Cameron, Deborah y Elizabeth Frazer. (1987). *The lust to kill: A feminist investigation of sexual murder*. Nueva York, New York University Press.

Caputi, Jane. (1987). *The age of sex crime*. Bowling Green, OH, Bowling Green State University Popular Press.

Caputi, Jane. (1992). "Advertising femicide: Lethal violence against women in pornography and gorenography", en Jill Radford y Diana E. H. Russell (eds.), *Femicide: The politics of woman killing* (pp.203-221). Nueva York, Twayne/Gale Group.

"Forty-five-year prison sentence for 'Torture Tape' killer". (1981, abril 29). *San Francisco Chronicle*, 1, p. A19

Gillott, Roger. (1980, febrero 15). "Another L.A. shocker: Two men may have killed 30 to 40 girls". *Honolulu Star Bulletin*, 1, pp. A1, A4.

Goode, Erica. (1983, agosto 30). "Study on violence, women". *San Francisco Chronicle*, p. 4

Leyton, Elliott. (1986). *Hunting humans: Inside the minds of mass murderers*. Nueva York, Pocket Books.

Lindsey, Robert. (1984, enero 21). "Officials cite rise in killers who roam U.S. for victims". *New York Times*, p. A1

Malette, Louise y Marie Chalouh (eds.). (1991). *The Montreal massacre* (Marlene Wildeman, Trans.). Chalottetown, Prince Edward Island, Canadá, Gynergy Books.

Miller, Fenwick. (1888, octubre 2). "Letter to the *Daily News*". *Pall Mall Gazette* (citado por Cameron y Frazer, 1987, p. 135).

Radford, Jill y Diana E. H. Russell. (eds.). (1992). *Femicide: The politics of woman killing*. Nueva York, Twayne/Gale Group.

Ressler, Robert, Ann Burguess y John Douglas. (1988). *Sexual homicide: Patterns and motives*. Lexington, MA, Lexington Books.

Russell, Diana E. H. (1997). *Behind closes doors in white South Africa: Incest survivors tell their stories*. Nueva York: St. Martin's Press.

Russell, Diana E. H. y Nicole Van de Ven (eds.). (1976). *The proceedings of the International Tribunal on Crimes Against Women*. San Francisco, CA, Frog in the Well.

San Francisco Chronicle. (1985, agosto). p. 54.
Sen, Amartya. (1990, diciembre 20). "More than 100 million women are missing". *New York Review of Books*, pp. 61-66.
United Press. (1985, agosto 15). Man, 65, guilty of acid attack on girl's face. *San Francisco Chronicle*, p. 22.
Ward Jouve, Nicole. (1986). *The streetcleaner: The Yorkshire ripper case on trial*. Londres y Nueva York, Marion Boyars.

Bibliografía sobre feminicidio

Almeida, Suely Souza de. (1998). *Femicidio: Algemas (in)visiveis do p'ublicio-privado*. [Femicide: (In)visible public and private handcuffs] Río de Janeiro, Brasil, R. J. Revinter.
Amin, Razia Khan. (1983). "An anatomy of femicide", en *Regional Seminar on "Femicide" in the Pacific Asian countries, Proceedings and findings of the regional seminar on "femicide" in the Pacific Asian countries* (pp. 52-56). Dhaka, Bangladesh, Bangladesh Jatiyo Mahila Ainjibi Samity.
Anonywomen. (1992). "What can we do about femicide? A proposal", en Jill Radford y Diana E. H. Russell (eds.), *Femicide: The politics of woman killing* (pp. 346-347). Nueva York, Twyane/Gale Group.
Avakame, Edem F. (1999, otoño). "Females' labor force participation and intimate femicide: An empirical assessment of the backlash hypothesis". *Violence and Victims*, 14(3), 277-291.
Billy, Mary. (1993). *Femicide list: Facing the horror*. Squamish, British Columbia, M. Billy.
Billy, Mary. (1998, noviembre). Why I keep a femicide list: Documenting violence against women. *Kinesis*, p. 16.